

dor, contaba un Castillo en las cercanías de Aix; aquí pues conduxo presurosamente el precioso depósito que le había fiado su hermano y amigo.

Sucedieron estas cosas en ocasión que una enfermedad contagiosa y terrible por su mortífera malignidad, corría y desolaba todo el territorio de Aix; no se veían por calles y caminos sino muertos ó moribundos, este terrible azote no perdonaba á nadie, el noble como el plebeyo, y el rico como el pobre eran víctimas de su furor; no había distincion de edad ni de sexó, ni se conocía medicamento que le pudiera resistir: Sigifredo pues, á quien la ventura de Frídigerne, y la propia desesperacion aumentaron hasta lo sumo la pasión que tenía á la bella Armonda, resuelto á robar al hermano la posesion de tan amable bien, se aprovechó de la ocasión que este contagio ofrecia á sus designios, hizo correr la voz de que Armonda, victima de aquel azote cruel, había enfermado y muerto en solos tres días, y como todas las gentes del Castillo le reconocian como á señor, le fué muy fácil acreditar esta fábula; para completarla hizo celebrar exéquias á la supuesta difunta, erigiéndola un sepulcro magnífico en la Capilla de la fortaleza.

Mientras se tributaban éstos vanos honores al sepulcro de la infeliz Armonda, gemia ella su desventura en un estrecho aposento, baxo la guardia de dos inflexibles carceleros que á ninguna de sus preguntas respondian, ni aun la dispensaban el triste consuelo de informarla del motivo de tan inopinado rigor. La vista de Sigifredo disipó sus dudas, él la informó que sus medidas para divulgar la fama de su muerte, habían sido tan exáctas, que nadie dudaba de su verdad, que en este supuesto excusase pensar en Frídigerne, *pues no saldria de tan dura prision sino esposa de Sigifredo*; hecha esta declaracion la dexó sin mirarla ni esperar su respuesta, suponiendo quizá que la sorpresa, el dolor y la indignacion de semejante desafuero no la permitirían dar ninguna por entonces.

El robador deborado de sus secretos remordimientos, no osó presentarse á la hermosa prisionera hasta pasados tres días de esta visita, excusose de su atentado con una confusion que agradecia Armonda, creyéndola indicio de su arrepenti-

